

MECECE¹
 LA FUNCION SICOLOGICA
 SOCIAL Y ECONOMICA DE UN
 COMPLEJO RITUAL DE LOS UNI
 (CASHIBO) DE LA AMAZONIA
 PERUANA²

Erwin Frank*

In this article the author describes MECECE, a ritual complex once practiced by the Uni (Cashibo) indians of the central Peruvian Amazonia. The author characterizes this ritual by placing it in its social context and analyzing its "emic" and psychological functions. The probable "etic" dimensions of this ritual in social and economic organization are discussed as well.

*
 **

Dans cet article l'auteur décrit le MECECE, un complexe rituel pratiqué dans le passé par les indiens Uni (Cashibo) de l'Amazonie Centrale Perouvienne. L'auteur caractérise le rituel en le situant dans son contexte social, et en analysant ses fonctions "émiques" et psychologiques.

*
 **

In der vorliegenden Arbeit beschreibt der Autor den MECECE, ein von den Uni (Cashibo) des zentralen amazonischen Gebietes Perus, praktiziertes, heutzutage jedoch schon in vergessenheit geratenes, komplexes Ritual. Er untersucht das Ritual in seinem sozialen Kontext und analysiert seine "emische" und psychologische Funktion. Auch werden die möglichen "etischen" Dimensionen des Rituals im Rahmen der gesellschaftlichen Einrichtung und der ökonomischen Tätigkeit der Stammesgemeinschaft besprochen.

* Seminar für Völkerkunde der Universität Bonn.
 Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica.

1 Mecece = abstenerse, dietar.

La vocal e se pronuncia casi como en el alemán la ö en la palabra Böcke. En relación a la fonética (del Cashibo), ver Shell, O. 1951.

Nota del Editor.—En el presente artículo usamos e y o cursivas en sustitución de la notación original de e y o con diéresis.

2 "Uni" es la autodenominación de un grupo indígena, compuesto actualmente por unas 1,150 personas, cuya lengua pertenece a la familia "Pano". Sus 7 comunidades se hallan en la porción de selva baja del departamento de Huánuco (provincia de Pachitea), así como en el departamento de Ucayali, creado en 1980. Existen 3 sub-grupos con ligeras divergencias históricas, culturales e idiomáticas. Este trabajo se basa en las investigaciones de campo realizadas por el autor entre febrero 1980 y abril 1981 en Santa Martha (a orillas del río Zungaru-yacu, afluente del Pachitea), una de las 2 comunidades del más oriental de los 3 sub-grupos.

Los Uni son conocidos en la bibliografía etnográfica (por ejemplo HSAI vol. III) bajo el nombre shipibo de "Cashibo" (hombres-vampiro). Esta denominación no fue empleada en el presente trabajo, por su carácter discriminativo.

Las prácticas, de las cuales se hace mención aquí, sólo pueden ser descritas en el "presente etnográfico". Estas prácticas hallaron un súbito final en la forzada "Pacificación" de los diferentes grupos locales de los Uni (los cuales se hallaban hasta los años 30 del presente siglo en una trágica lucha defensiva), debido, por un lado, al posteriormente iniciado catastrófico derrumbe demográfico de su población, y, por otro lado, a la aculturación dirigida, tanto por patrones neoperuanos, como por diferentes organizaciones misionales.³ El presente trabajo se basa en la evaluación de una serie de entrevistas formales e informales, que pude tener durante mi estadía en Santa Martha con los pocos ancianos del grupo, que aún conservaban recuerdos personales de aquellos tiempos, en los cuales el mecece constituía la práctica ritual central de los Uni. El término mecece es traducido por los mismos Uni como "diatar"; significa, empero, una práctica muy compleja, de la cual la abstinencia alimentaria sólo constituye un elemento más, siendo la separación del resto del grupo un segundo elemento; tabúes sexuales inclusive la prohibición de tener contacto visual con mujeres), un tercero; y determinados ejercicios disciplinarios, un cuarto. Según el contexto del rito, uno de estos elementos se constituía en primer plano.

Esencialmente, eran cuatro contextos, en los cuales se practicaba el mecece:

1. En momentos de crisis existenciales, tales como enfermedad grave o muerte.
2. Para incrementar la suerte en la caza.
3. Como preparación para la guerra.
4. Como parte del rito de iniciación.

1. EN MOMENTOS DE CRISIS EXISTENCIALES

En momentos de crisis existenciales, tales como enfermedad y muerte de un miembro del grupo, paracticaban un mecece uno o varios de los más viejos del grupo, en el que la abstinencia sexual constituía el elemento primario. La finalidad del ejercicio era, en casos de enfermedad, elevar la fuerza curativa de las hierbas y los cantos, con los que se trataba de ayudar al enfermo.

En el caso de la muerte "inexplicable" de un miembro del grupo,⁴ podía un hombre mayor, pariente del difunto, someterse a una forma específica de mecece, en la que estaba prescrita una absoluta ruptura con todo contacto social. Los días solitarios en el bosque estaban colmados de prácticas rituales, como cantar y frecuentes baños con hierbas protectoras y fortificantes. Todos los alimentos

³ Especialmente por parte de los misioneros evangélicos fundamentalistas del Instituto Lingüístico de Verano y de sus sucesores de la Misión Indígena Suiza, aunque también (por poco tiempo y sólo de importancia local) de los Adventistas del Séptimo Día y de los misioneros católicos "canadienses" del Vicariato Apostólico de Pucallpa.

⁴ Ayahuasca es una droga alucinógena que se obtiene de una liana (*Banisteriopsis caapi*). Sobre los usos y efectos de la Ayahuasca, consultar: Harner, M. ed. 1973.

que contenían proteínas animales estaban estrictamente prohibidos, con excepción de "anchovetas" (pececillos no más largos que un dedo, de diferentes especies, que habitan las "quebradas" poco profundas en las partes más alejadas del territorio de las comunidades Uni), caracoles y cangrejos. Además, existía un tabú estricto, contra el contacto con sangre, inclusive el simple contacto visual. El abstinate tenía por ello incluso prohibido matar las diminutas y enervantes moscas hematófagas de la Amazonía, ya que podían contener sangre.

Los que practicaban esta forma de abstinencia presentaban, al parecer, después de algunos meses, agudos síntomas de anemia y debilidad, y empezaban a alucinar. La vivencia central, que tenían los abstinentes en el clímax de sus esfuerzos, era siempre la misma: mientras esperaban entre las anchas raíces de la Lupuna,⁵ descendía del cielo hacia ellos una escalera, por la cual ascendían ellos mismos por un breve lapso de tiempo al mundo que se halla por encima del nuestro, o si no, podían hacer descender los espíritus de los difuntos, gracias a cierto poder adquirido por el *mecece*. Igualmente, este poder también obligaba a los espíritus a revelar el secreto de la muerte, que el abstinate deseaba esclarecer. Así, el espíritu responsable de un difunto, árbol o animal "agresivo"⁶ se denunciaba a sí mismo o si no, los espíritus que aparecían, revelaban la culpabilidad de un miembro aún vivo del propio grupo o de un grupo vecino mostrando al visionario las herramientas de su acto criminal (el veneno mágico).

Los espíritus "culpables" podían ser "matados" en el acto. Cuando el abstinate se despertaba a la mañana siguiente, hallaba amarrados, allí donde había colocado los cuerpos amordazados de los espíritus después de su ejecución, sólo cadáveres de ratas y monos, y allí, donde el grupo de espíritus había flotado alrededor de la Lupuna sin tocar el suelo, sólo se hallaba huellas de otorongo. En comparación con esta forma individual de *mecece*, cada uno de los otros 3 contextos de abstinencia, que serán tratados a continuación, representan claras actividades de grupo.

El *mecece* tiene para los Uni una relación muy específica con la caza, la cual radica en que el abstinate obtiene un poder sobre los animales del bosque y de los ríos. Según los Uni, los animales son atraídos mágicamente por dicho poder; especialmente las presas favoritas de los Uni (el tapir, los pecaríes, monos aulladores y otros) se movilizan en forma colectiva hacia el abstinate. Esta movilización, a su vez, es percibida por el abstinate a través de un sueño, visión o simplemente como un presentimiento, es decir, él es capaz de localizar espacialmente los animales que se están aproximando.

Los Uni han sabido aprovechar esta capacidad en relación a todas las formas de *mecece* que se van a tratar en el presente trabajo, pero en un caso específico se hallaba en primer plano justamente esta capacidad misteriosa de los abstinentes.

5 Parece ser, que los Uni no aceptaban, excepto en el caso de fallecer un bebé o una persona muy anciana, ninguna muerte como "explicable", ni siquiera si ésta se presentaba como consecuencia de un accidente o de la mordedura de una serpiente.

6 *Chorisia insignis* o *Ch. integrifolia*. Es sin duda el más importante de todos los árboles en el territorio de los Uni. Consecuentemente, es la morada de varios espíritus de la selva y un puente directo entre este mundo y el mundo de los difuntos.

2. LA ABSTINENCIA PARA INCREMENTAR LA SUERTE EN LA CAZA

Al parecer, cada grupo local de los Uni contaba con un determinado porcentaje de hombres solteros mayores de 18 años. Parece ser,⁷ que los Uni practicaban, hasta los primeros contactos con la sociedad occidental, un infanticidio dirigido principalmente contra los primogénitos femeninos, el cual no podía ser equilibrado por la tasa de mortalidad de los hombres jóvenes (guerreros) seguramente mayor, ya que la así originada escasez relativa de mujeres era agudizada aún más por la institución de la poligamia. Algunos de los jóvenes estaban, por ello, sentenciados a la soltería de por vida o por lo menos hasta una edad relativamente avanzada. Justamente estos hombres iniciados eran los que, juntamente con viudos y algunos hombres mayores que voluntariamente vivían en abstinencia sexual, practicaban el *mecece* exclusivamente con la meta de incrementar la suerte en la caza.

Cada caserío de los Uni estaba conformado en los tiempos previos al período de contacto con los occidentales, por una o varias casas grandes,⁸ las cuales podían albergar hasta 100 personas, así como al menos una casa menor, el *ró-xubu* (casa de la medicina), ubicada algo apartada y fuera del alcance de la vista desde la casa principal, en la que se guardaban todo tipo de hierbas medicinales y, sobre todo, los diversos venenos mágicos, considerados por los Uni como extremadamente peligrosos. Generalmente estaban compuestos por una mezcla de polvos o cenizas de diferentes hierbas secas o por las mismas hierbas frescas. De estos venenos emanaba una fuerza enfermante e inclusive letal. Ellos eran considerados "la madre de las enfermedades". Llevarlos a la casa principal hubiera significado una irreflexión mortal para todo el grupo, especialmente para los niños, considerados muy vulnerables por la influencia de la fuerza mortal de dichos venenos. Por esto eran depositados en el apartado *ró-xubu*, fuera del alcance de mujeres y niños, para quienes esa casa, e incluso su cercanía, significaba un tabú.

De una manera similar que con las hierbas mortales los hombres casados consideraban de cuidado a los solteros del grupo. Aún hoy día, resulta frecuentemente justificada la sospecha de todos los Uni casados, de que los solteros acosan a sus esposas, y el adulterio (o incluso tan sólo la sospecha de adulterio) es sin duda la más frecuente de las causas de conflictos internos que la ética de los Uni busca decididamente eliminar. Esto no parece haber sido diferente en el pasado. En los mitos de los Uni abundan los sucesos en los que ocurren actos de violencia internos y externos al grupo, por la posesión de mujeres.

Los Uni obligaban, por ello, a los solteros a vivir en el *ró-xubu* (no se pudo determinar si a todos los solteros se les obligaba y si siempre ocurría esto, que parece poco factible). Para evitar las influencias dañinas de "la madre de las enfermedades", los solteros tenían que practicar el *mecece* obligatoriamente. En este caso, los principales elementos eran frecuentes baños con hierbas medicinales,

⁷ Los Uni creen, que todos los árboles y animales poseen un espíritu, pero que sólo los de algunas especies son dañinamente agresivos.

⁸ Los datos obtenidos respecto a este punto eran muy contradictorios.

así como ejercicios disciplinarios, tales como levantarse muy temprano (mucho antes que la pava de monte despierte con su ruidoso batir de alas a los moradores de la casa principal), tocar desde temprano el rë (flauta de bambú, que sólo toca una nota) y bañarse antes de la salida del sol en su propio lugar en el río cercano.

El elemento de la separación con los no-abstinentes estaba dado por la distancia entre el ró-xubu y la casa principal, y la abstinencia sexual (por cierto sólo en lo que a actividades heterosexuales se refiere) era obligatoria, excepto para los mayores que dirigían el rito.

No había prohibiciones en la alimentación, excepto que los abstinentes no podían comer las presas cazadas por ellos mismos. Más bien, tenían que depositarlas en determinado lugar cerca de la casa principal y luego avisar a los que la habitan, imitando el silbido de la panguana. Los moradores de la casa principal, a su vez, acudían y recogían las presas, para descuartizarlas y repartirlas. Todos mis informantes coincidieron en que los solteros abstinentes se caracterizaban por su extraordinaria suerte en la caza, según ellos, debida a poderes adquiridos gracias a las abstinencias y que les permitía "saber" dónde se encontraban las presas, aun antes de internarse en la selva.

De manera similar ocurría con los hombres que comunitariamente se preparaban para guerrear.

3. LA ABSTINENCIA DE LOS JOVENES GUERREROS ANTES DE COMBATIR

La guerra y la lucha eran elementos centrales en la vida de todos los Uni en los tiempos antes de la "Pacificación". Aunque en las fuentes bibliográficas, los Uni son generalmente presentados como agresores (naturalmente caníbales),⁹ eran ellos en realidad más bien víctimas desesperadas de los ataques de todos los grupos vecinos. Setebos, Shipibos, Conibos y Campas parecen haber realizado, ya en tiempos pre-hispánicos, incursiones guerreras hacia el centro del territorio de los Uni, a orillas del Aguaitía y del Zúngaru. Sus asaltos, que tenían como objetivo raptar mujeres y niños, tampoco cesaron con la llegada de los misioneros en el siglo XVII.¹⁰ Cuando colonizadores recolectores de caucho y aventureros neo-peruanos tomaron posesión de los valles del Ucayali y del Pachitea, vinieron a constituirse en un nuevo grupo enemigo. La reacción de los Uni contra las agresiones que venían de todos los lados, fue la de retirarse paulatinamente hacia las partes más altas de las cuencas que habitaban, hasta encontrarse literalmente "entre la espada y la pared" de la Cordillera Azul, no quedándoles otra alternativa que una amarga lucha defensiva. Lógicamente, los Uni en aquel entonces vivían su situación subjetivamente no de la manera aquí presentada. En el pasado y aún hoy en día, los Uni no llegan a constituir una comunidad unificada, cohesionada y cerrada. En aquel tiempo se desintegraron en un sinnúmero de grupos locales absolutamente autónomos entre sí,

⁹ Ver: Wistrand, L. M., 1977.

¹⁰ Ver: Frank, E., unpubl. 1979.

de los cuales algunos mantenían relaciones personales (intercambio de mujeres), mientras otros guerreaban o no tenían contacto alguno entre sí.

La forzada presión externa llevó a los grupos Uni a un incremento en las acciones bélicas entre los numerosos grupos locales, los cuales intentaban desplazarse unos a otros y compensar su escasez de mujeres y utensilios metálicos, por medio de robos y saqueos. La modalidad de las "expediciones guerreras" que realizaba cada uno de los grupos locales, era típicamente de "hit-and-run". Si no se lograba tender una trampa al enemigo y atacarlo por la retaguardia, entonces se incursionaba hacia la aldea, para atacarla por sorpresa en la madrugada y luego huir lo más rápido posible de regreso a la propia aldea.¹¹ Cada Uni, sin embargo, prefería matar a un enemigo desde un escondite y sin que se dieran cuenta los demás enemigos, ya que sólo tendría la oportunidad de obtener los codiciados trofeos de cabeza, antebrazo y piernas.

La guerra era (como siempre y en todo lugar) una actividad extremadamente peligrosa, pero tal vez igualmente necesaria¹² para los hombres. No es por tanto de extrañar, que el mecece perteneciera a los elementos centrales de su preparación.

También aquí se iniciaba con la separación de los futuros guerreros del resto del grupo. Para ésto se les construía en alguna vieja chacra, una casa propia en la cual vivían durante la abstinencia y donde eran reclusos por los mayores experimentados (los llamados "uni tócuricu") para todo tipo de ejercicios disciplinarios. También aquí imperaba la prohibición de tocar sangre, por lo que no podían eliminar a las hematófagas que los acosaban. Todo alimento de carne era llevado a la boca con ayuda de palillos puntiagudos. Se realizaban baños tempranos, cantos y en especial, la elaboración en forma colectiva de arcos y flechas. Lo importante aquí, era construir piezas técnicamente de la mejor calidad, las cuales sin embargo también tenían que satisfacer ciertos requisitos estéticos. Al finalizar el período de abstinencia, las flechas examinadas públicamente por los más ancianos.¹³ Los ejemplares especialmente bien logrados eran elegidos y los defectuosos, quebrados. Aquellos que habían confeccionado las mejores flechas, eran luego los primeros en la fila de guerreros en la marcha hacia la casa principal del enemigo y también los primeros en la entrada triunfal de los guerreros a la propia aldea.

Aparte se elaboraba también un tipo de flechas minúsculas con la madera de la palmera llamada "Unguravi", y para ellas, un minúsculo arco con la madera de la palmera llamada "Churu" y con una cuerda, hecha con fibras de la corteza de una liana llamada "Cumpa". Estas "armas de juguete", las cuales intencionalmente no se asemejaban a las armas normales de los Uni (ni en el tamaño, ni en el material), eran empleadas al final del período de abstinencia

11 Frank, E., unpubl. 1979.

12 Respecto a esta forma de guerrear, ampliamente distribuida en la Amazonía, ver: Janet B. Ross: *Ecology and the problem of tribe-A critique of the hobbesian model of preindustrial warfare*, en Ross, E. B., 1980, con algunos detalles sobre los Ijbaros, o también los capítulos correspondientes de Harris, M., 1974.

13 Ver: Harris, M., 1974.

para un juego de guerra, en el cual los abstinentes tenían que disparar contra un poste desde un escondite entre arbustos dirigidos por sus iniciadores. Esto era tanto un juego de guerra como un oráculo, ya que aquel que erraba el poste podía estar seguro de que en el combate sus flechas errarían también el enemigo. Después de este ejercicio de tiro, que marcaba el final del período de abstinencia, se emprendía la expedición guerrera.

Cabe destacar aun, que para los guerreros no existía abstinencia en la alimentación, excepto aquella, válida en general para todos los Uni, como por ejemplo, contra el consumo de carne de perezosos y de todo tipo de felino. En cambio, sí existía una estricta prohibición de caza para los guerreros. A pesar de ello, los Uni aprovechaban cierta atracción que se establecía entre las presas y el guerrero en abstinencia. Guerreros que de manera misteriosa percibían la proximidad de animales de caza, mandaban a parientes no-abstinentes en la dirección exacta, indicándoles además la especie de la que se trataba. Una vez capturada la presa, los cazadores la depositaban en determinado lugar cerca a la casa principal, de donde los ancianos (que actuaban como directores de todo el rito) la distribuían entre los miembros del grupo, siguiendo las instrucciones del "propietario" en abstinencia.

4. ABSTINENCIA CON MOTIVO DE INICIACION

Como elemento central del complejo rito de iniciación de los Uni, se hallaba cierta variante del *mecece*, en la que se daba especial énfasis a los ejercicios disciplinarios. Una vez más encontramos que no se exigía una abstinencia total en la ingestión de alimentos, sino que éstos eran más bien estrictamente racionados. Las actividades diarias de los participantes estaban programadas hasta el detalle. Al igual que en los anteriores contextos, los abstinentes tenían que levantarse muy temprano, bañarse antes de la salida del sol y tocar la flauta de bambú. No sólo se construía una casa propia (*mecece-xubú*) para los iniciados, sino que éstos además estaban obligados a taparse la cabeza con una *cushma*, que además, les ocultaba la cara. Fuera de la casa de iniciación era obligatorio portar constantemente una lanza con punta a ambos lados, hecha con madera de una palmera conocida como "Pijoayo",¹⁵ la cual tenían que agarrar a través de la *cushma* para mantener ocultas las manos.

Muchos días eran dedicados íntegramente a ejercicios de paciencia y de dominio sobre sí mismos. Por parejas, los participantes tenían que sentarse frente a frente sobre unos bancos planos hechos de madera de setico, con las caras ocultas y sin poder hacer el más mínimo movimiento durante horas. Si a pesar de la prohibición, intentaban acomodarse un poco, inmediatamente eran duramente criticados por sus iniciadores. Tampoco podían rascarse, y menos espantar las molestas moscas hematófagas. Nuevamente encontramos la prohibición de tocar sangre y la obligación de comer con la ayuda de palillos puntiagudos. Por esto, los iniciadores tenían que desgarrar la carne en trozos, para que los absti-

¹⁵ Se puede obtener una leve idea de la variación y elegancia de las armas de los Uni, consultando las ilustraciones de Tessmann, G., 1930.

nentes la pudieran ingerir. La cantidad de alimentos era estrictamente racionada y mantenida al mínimo. Incluso orinar y defecar estaban reglamentados y permitidos sólo en determinados intervalos. Los participantes que abandonaban la casa de iniciación para orinar, tenían que dejarse levantar y conducir hacia afuera por sus iniciadores, ya que supuestamente se hallaban en un estado de debilitamiento. Aparte de los ejercicios disciplinarios, los días estaban dedicados a baños rituales, trabajos comunitarios en la chacra y práctica de cacería y pesca, en las que el cazador no podía llevar su presa a la casa, ni podía comer de ella. El tiempo que permanecían en la casa de iniciación, sobre todo las noches, era dedicado a la enseñanza. Noche tras noche, los participantes tenían que estar en cuclillas sobre sus bancos de topa. Los iniciadores les ataban luego las manos, para así, con una liana, amarrarlos por encima de sus cabezas, a una viga del techo. Así, atados y cubiertos con su *cushma*, aprendían de los mayores todo el conjunto de cantos rituales, con la ayuda de los cuales los Uni creen poder no sólo curar todas las enfermedades y apartar de sí mordeduras de serpientes, picaduras de rayas e, incluso, los diluvios, sino también propiciar el ataque de serpientes, felinos y otros sobre los enemigos. Se enseñaban el canto de guerra y aquellos cánticos de salud y despedida. También les recitaban canciones sobre la ética de los Uni, especialmente sobre las reglas de convivencia entre parientes afines. Las clases de canto y las enseñanzas podían durar noches enteras, así como también podían ser repetidas varias veces en una noche, cuantas veces los iniciadores lo deseaban, pudiendo despertar a los iniciados en cualquier momento. Los iniciadores poseían un poder absoluto sobre los iniciados y hacían notar su posición llevando constantemente un mazo de hasta dos metros de largo ("inu"), con el cual amenazaban a los iniciados.

El término de la fase de iniciación (aproximadamente después de 2 a 3 meses) estaba marcada por un baño comunitario, seguido por un banquete en la casa de iniciación, en el que los iniciados podían comer cuanto quisiesen, mientras que sus parientes se esforzaban por ofrecerles cuanto podían.

Aún queda por mencionar que se procuraba evitar, inclusive, el contacto visual entre iniciados y mujeres. Esto se lograba no sólo gracias a la *cushma* con la que se cubrían la cabeza y a la separación que se hacía de los lugares para bañarse o para orinar de los moradores de la casa principal y de la de iniciación, sino también amenazando activamente a aquellas mujeres que, más o menos en forma casual, entraban en contacto con los iniciados. Tales mujeres podían ser atacadas por los iniciados e, incluso, arrastradas a la casa de iniciación, en "castigo", ser atadas y ser sostenidas sobre el humo de un fuego.

Hasta aquí, la presentación del *mecece* en relación a la vida de los Uni en los tiempos previos al período de contacto con los occidentales. Da la idea de una práctica ritual muy compleja, que está en relación directa con las crisis existenciales más trascendentales de la vida de los hombres Uni.¹⁶ Desde un punto de vista émico,¹⁷ se trata de la manera cómo enfrentar y manipular amenazas tan

16 En relación con el nacimiento (una grave situación de crisis existencial para la mujer), conocen los Uni un marcado complejo de prácticas y tabúes, a los que pertenecen toda una gama de tabúes y reglas de alimentación. Estos sin embargo, jamás son identificados con el término *mecece*.

17 Respecto a la diferencia entre "émico" y "ético" ver: Harris, M., 1968. Págs. 568-604.

fundamentales como la muerte, la agresividad de los demás, enfermedad y peligro de la extinción del propio grupo, ante el fracaso en la educación de los propios descendientes varones.

El *mecece* no llega a ser la exitosa manipulación de dichas amenazas, sino que sólo faculta a los practicantes a enfrentarlas bajo dos aspectos. Por un lado el *mecece* proporciona a los practicantes aquella fuerza extrasensorial (para ellos, sin embargo, real y perceptible) que resulta necesaria para, por ejemplo, lograr visiones de los normalmente invisibles espíritus de difuntos, o para hacer rebotar los proyectiles enemigos (incluso balas).

Frente a este componente émico, tiene el poder, que la abstinencia proporciona al abstínente, también un componente ético, absolutamente real. Faculta al vidente, por ejemplo, a enfrentar y aceptar psíquica y físicamente la visión creada por él mismo. Le permite no sentirse indefenso ante su propia visión y sobrellevar psíquicamente sano el tratado con los espíritus, cuyo contacto en la vida diaria sólo es interpretado, como amenazas y ataques. El poder de la abstinencia les permite, inclusive, matar a aquellos espíritus que han demostrado su enemistad con la comunidad (al asesinar a un miembro del grupo), y así liberar a su gente de tal amenaza constante e incontrolable. Para esto necesitaba el vidente disponer de una verdadera fuerza psíquica, que le era proporcionada por la abstinencia. Lo mismo vale para los jóvenes solteros en el róxubú.

Los venenos mágicos representaban una permanente amenaza para cada uno de ellos, ya que consideraban que el peligro que de ellos emanaba, no iba dirigido únicamente hacia las víctimas.¹⁸ De esta forma, la amenaza que, según creían, pesaba sobre ellos, no era otra que el precio que cada uno tenía que pagar por la creencia en la efectividad de sus venenos. Todos los venenos tenían una potencia que, aun sin ser específica, podía producir daños, enfermedades y, finalmente, la muerte. Esta potencia era resultado de la naturaleza agresiva contra el hombre, de los espíritus de cada una de las plantas empleadas en la preparación del veneno. Este poder dañino impregnaba cada veneno y sólo disminuía con la distancia, lo cual explica el apartamiento de los venenos en el róxubú. Las personas que serían en el futuro las encargadas de manipular dichas sustancias, aun estando convencidas de lo dañina que son, necesitaban disponer de un antídoto psicológico, para no convertirse ellos mismos en las primeras víctimas psicosomáticas de su propia imaginación. El *mecece* les daba dicha oportunidad.

La abstinencia, finalmente, daba a los guerreros la fuerza necesaria para reprimir todo miedo a morir. Los Uni no conocían ninguna ideología de heroísmo, de manera que no aliviaba el miedo a la muerte, que podrían sentir sus guerreros, sin glorificación alguna del sacrificio de la muerte. Sus líderes, los llamados "uni-cushi" (hombres fuertes), eran considerados héroes de guerra, pero su mérito radicaba en sobrevivir y no en morir por alguien o por algo. Esta es la razón por la cual no censuraban los ataques por la espalda, ni predicaban el "fair-play" en la lucha. Los ardidés de guerra exitosos eran tan famosos como

¹⁸ En contraste con los "cantos mágicos" de los Uni, con los cuales se podía, por ejemplo, inducir a un tigre a que ataque a un enemigo, sin que la persona que los utiliza corra ningún peligro.

también temidos, y eran considerados "uni-cushi" justamente aquellos que habían ideado y realizado dichas tretas. Las cuadrillas de guerreros de los Uni intentaban producir un máximo de daño al enemigo, evitando en lo posible cualquier daño a ellos mismos. Una huída precipitada después de un ataque no era considerada cobarde, sino como lógica, y, al final de cuentas, cada uno era responsable de su propia supervivencia. En esta situación daba el *mecece* a cada guerrero un medio psicológico relativamente seguro para superar exitosamente su propio miedo de morir, ya que la ideología de la abstinencia les prometía una total invulnerabilidad.

La amenaza sobre la existencia de los iniciados, en cambio, existía más bien en la mente de sus parientes hombres, adultos.

La educación entre los Uni, es como en todas las sociedades, un proceso permanente, que se extiende desde el nacimiento hasta la muerte de cada individuo. Sin embargo, entre los Uni, es practicada de una manera mucho más subconsciente que en nuestra sociedad. Un niño Uni empieza ya en su tercer o cuarto año de vida a separarse paulatinamente de la estrecha asociación que inicialmente conformaba con su madre. Después de su sexto o séptimo año ocurre lo mismo con la familia en sí. Actualmente hay en Santa Martha niños de 10 a 12 años que ya sólo raramente son vistos en casa y que llevan una vida independiente y despreocupada, deambulando entre las primeras y las últimas casas de la comunidad, las cuales se hallan distanciadas entre sí por unas 10 horas de camino. Esto no debe haber sido posible en esta medida en las anteriores condiciones de vida (con grandes casas centrales). Sin embargo considero que la situación actual es el resultado de una actitud basada en el "dejar-hacer", en lo que respecta a la educación de los jóvenes varones aún no iniciados. Parece que esta actitud hallaba en el pasado un dramático fin con la iniciación.

Los Uni mismos parecen haber percibido esta transición del niño al hombre iniciado, capacitado para el matrimonio y la guerra, como un acontecimiento extremadamente dramático, y de cuyo éxito dependía la continuidad de la comunidad.

Esta transición era amenazada por el fracaso. La misteriosa pero total transformación del niño al hombre necesitaba (aparte de la enseñanza intensiva, llevada a cabo por los ancianos durante varios meses) del apoyo del poder del *mecece*. Las drásticas reglas de las abstinencias hacían notar a los jóvenes, que algo estaba ocurriendo con ellos, que en adelante ya no iban a poder seguir siendo como eran.

La función psicológica del *mecece*, sin embargo, no logra explicar, de por sí, la existencia de este complejo ritual, en forma satisfactoria. Si bien esta función es (incluso bajo los dos aspectos que he tratado de explicar en líneas anteriores) puramente émica, al final de cuentas, sus efectos se basan en todos los casos en el hecho de que los Uni creen en la eficacia del ritual, estando éste y su ideología, inclusive, plenamente desarrollados. La relación que tiene la práctica con la ideología, es la misma que tiene una palabra con su significado; es decir: es variable. El esclarecimiento de la función psicológica del *mecece* no

contribuye, por esto, de ninguna manera a la deducción del origen de dicha relación específica entre ideología y práctica, ni siquiera, del origen de la práctica en sí.

Parece ser casi imposible averiguar el origen y la historia de la evolución de un ritual tan complejo, especialmente si se trata de pueblos que carecen de escritura y con los cuales el contacto establecido es muy reciente. Por ello, mi intención es solamente desarrollar algunas consecuencias sociales y económicas de las prácticas, anteriormente descritas y que pueden ser consideradas (en el sentido de una teoría ecológico-evolutiva) como causales y optimizadoras del potencial de supervivencia. Tomemos como ejemplo a los solteros abstinentes, que temporal o permanentemente (?) habitan en el róxubu. Una consecuencia social muy importante de su separación del resto del grupo, ha sido mencionada ya anteriormente. Los solteros están ya por naturaleza destinados a ser perturbadores del orden. Su aislamiento elimina una permanente fuente de problemas internos. La solidaridad entre los miembros del grupo, así como el evitar toda tendencia potencialmente capaz de desintegrar la comunidad, constituyen, bajo las condiciones arriba citadas, verdaderas obligaciones para la supervivencia en ese ambiente social tan agresivo. La estructura política "acéfala" de los Uni, facilita, ante la erupción de agresiones intestinas, el fraccionamiento del grupo, el cual se hará en base a directas relaciones de parentesco. Una fuerte magnitud de un grupo es, bajo las condiciones de una guerra de emboscadas, un esencial garante de la supervivencia de la comunidad. Por ello los Uni procuraban evitar, por todos los medios posibles, las diferencias que pudieran surgir en el interior de la misma. Esenciales eran en esto las reglas de evitamiento y servilismo en la relación entre yerno y suegra o nuera y suegro, así como la prohibición de toda crítica (verbal o no) hacia cualquier otro hombre miembro del grupo.

Sería factible pensar que el apartar a los solteros (hijos e hijos políticos de los hombres ya iniciados) y recluirllos en el róxubu, represente un medio adicional, aunque sólo temporal, para frenar la dinámica interna del grupo?

En general se puede decir que el principal rol de la separación de los abstinentes, especialmente respecto a las mujeres del grupo, apunta en dicha dirección. La específica fuerza, que el rito confería al abstinente, se disipaba con el contacto (sobre todo contacto sexual) con mujeres. Ellas son, y lo fueron siempre, las principales causas de disputas internas. Al excluir, a través de *mecece*, a una parte de los hombres capaces de procrear, se debe haber logrado reducir (estadísticamente hablando) la probabilidad de que surjan dichas disputas internas.²⁰

Sin embargo, más importantes que las consecuencias sociales del *mecece* y de la ideología que implica, me parecen los efectos económicos.

19 Sobre el trasfondo teórico de este proceder, se puede obtener información de: Harris, M., 1968, 1971 y 1974.

20 Aparte del efecto psicológico de fortalecimiento de los sentimientos de unidad, que produce este tipo de ritual, y del efecto amedrantador de posibles seductores, producido por la ideología. Una ideología en la que la fuerza que hace manipulables las amenazas existenciales es dependiente de la abstinencia sexual.

Nuevamente hallo en los abstinentes solteros el mejor ejemplo. El elemento más extraño entre las creencias desarrolladas por los Uni respecto al mecece, es seguramente la relación entre los espíritus de los abstinentes y los de los animales de caza predilectos: tapir, huanyana, pecarí, etc. Por decirlo una vez más: los Uni creen que la fuerza espiritual, que un hombre obtiene gracias a la abstinencia, ejerce una atracción mágica sobre (especialmente) estos animales, los cuales, a su vez, se sienten obligados a dirigirse directamente hacia el abstínente. Simultáneamente, su desplazamiento es percibido por éste. El "sabe" de pronto (a través de un sueño, visión o por simple intuición), dónde se hallan los animales y puede así incrementar la eficiencia de caza.

Esta creencia da, en un primer momento, la impresión de ser extremadamente esotérica, y resulta difícil imaginarse, cómo pudo surgir y, más tarde, mantenerse a pesar de las experiencias de frecuentes fracasos. ¿O podría ser que la supuesta relación entre abstinencia y éxito en la caza, tuviera un trasfondo real? Yo supongo que sí.

La cacería en forma individual, tal como la practican los Uni hoy en día,²¹ puede haber sido antiguamente el principal, aunque no (como hoy) único método de caza. Con esta forma de cacería y la alta dispersión de los animales de caza en la Amazonía,²² el éxito de la cacería depende, por lo general, esencialmente, de la duración de cada expedición de caza y de la distancia recorrida. La probabilidad de éxito aumenta en proporción a la duración de la empresa. Si bien existen otros factores que pueden en mayor o menor grado (al internarse el cazador en regiones con árboles con frutos maduros, por ejemplo) aumentar la probabilidad de encontrarse con sus presas, son el tiempo invertido y las distancias recorridas, en primer lugar los que optimizan el éxito de la caza. De ser esto correcto, nos es posible interpretar la creencia en una relación especial entre el abstínente y sus presas, como un intento de optimizar, en términos de tiempo y esfuerzo, la actuación de los cazadores, para con ello alcanzar un verdadero incremento en el rendimiento.

La actuación de cada cazador Uni depende exclusivamente de un cálculo individual en torno a los pro y contras; un estimado inconsciente sobre las obligaciones que siente individualmente de abastecerse, a sí y a su familia, de carne para los próximos días. Este sentimiento de obligación está, lógicamente, diferentemente desarrollado de un individuo a otro, aunque es de esperarse que el abastecimiento de carne (la principal fuente proteica) de la comunidad en su conjunto, se mantenga siempre alrededor de la cantidad mínima cultural del rango de necesidades alimentarias.²³ Bajo estas condiciones es notoria la importancia de la potencia de la ideología arriba citada. Los abstinentes daban, psicológicamente hablando, una oportunidad óptima al cazador. Para la psique

21 Ver: Frank, E., en preparación.

22 Ver: Ross, E. B., 1978.

23 Cultural y no fisiológicamente hablando. Ninguna sociedad se puede permitir dejar descender el mínimo cultural de un recurso vital, ni siquiera hasta un valor próximo al mínimo fisiológico. Sobre todo no, cuando se trata de un recurso tan supeditado a fluctuaciones debidas a la casualidad.

El argumento, de que cazar divierte y satisface, es ajeno a la realidad. Al menos los cazadores, que tuve la oportunidad de conocer en Santa Martha, encontraban más divertido y satisfactorio el quedarse en casa, cuando era posible.

del cazador, alcanzaba la proporción entre costos y ganancias un óptimo absoluto. La inversión (la marcha hacia el lugar indicado) se hallaba en la mejor proporción frente a la ganancia esperada, como seguro: el animal cazado. Si bien el éxito individual relativo a su inversión de tiempo de cada cazador no debe haber aumentado realmente, la cantidad de alimento obtenido en conjunto, sin embargo, sí. La mayor disposición para la caza, elevada sicológicamente, conducía a la larga, a un notorio sobreabastecimiento (en comparación al estándar de vida promedio) del grupo. Este sobreabastecimiento de carne, nuevamente, profundizaba la creencia en la relación entre la abstinencia y la caza. Junto a esta muy general función económica de la abstinencia y de las creencias ligadas a ella, se pueden citar aun otras funciones muy especiales. Uno es, por ejemplo, la inclusión de los solteros para contribuir en la producción, específicamente en el sector más crítico: la producción de carne (proteínas).²⁴ Otra función era la de obtener la mejor distribución de los alimentos proteicos entre los miembros del grupo, favoreciendo a aquellos sectores que más los necesitaban (niños y mujeres). Esto se lograba gracias a la regla del *mecece*, que prohibía al abstinerente comer de las presas que él mismo había cazado, así como también gracias a aquella según la cual se racionaba la cantidad de carne y pescado que recibían los jóvenes que participaban en la iniciación.

Para comprender mejor el primer punto, resulta nuevamente necesario retornar a la actual Santa Martha.

De los 7 hombres solteros, mayores de 25 años (!) que viven en la comunidad de Santa Martha, y de los cuales sólo 2 eran viudos, solamente 2 (uno de los cuales era uno de los 2 viudos) poseían una chacra propia, mientras que otros 2 administraban una chacra comunitaria, conjuntamente con una junta de familias. Los otros 3 vivían de los recursos de la familia, con la que en ese momento moraban. Más significativo me parece, sin embargo, el hecho que de los 7, sólo 2 (un viudo) cazaban regularmente y un tercero, esporádicamente. Esto quiere decir que 4 solteros no cazaban nunca, aunque sí participaban de las presas que cazaban los demás.²⁵ La regla, según la cual a ninguna persona que viviera en determinada casa, ni a ningún visitante de la misma, se le podía negar participar de la comida preparada (y de la cual también yo pude participar), les garantizaba recibir regularmente también carne. Si bien es posible que su consumo total de carne haya sido algo menor que el de los otros miembros del grupo, que sí eran casados y sí cazaban, al menos no se les excluía automáticamente, por negarse a cazar. Su inactividad en la cacería resultaba del simple hecho que no estaban obligados a sostener una familia. Ninguna familia, ni siquiera una sin niños, estaba a la larga en condiciones de abastecerse de carne, sólo en base a lo que obtenía de las presas de hijos, yernos y otros parientes cercanos. En una familia en la cual el marido se negase prolongadamente a cazar, empezaría pronto su mujer a hacer comentarios cáusticos y a realizar actividades evidente-

24 Respecto al rol de las proteínas como recurso que define el nivel de vida, en la Amazonía, ver: E. B. Ross, 1978 y Lathrap, D. W., 1970.

25 Gracias al (supuestamente) recíproco trueque. La mayoría de los solteros, efectivamente, muestran gran voluntad de retribuir equitativamente, intensificando sus actividades de pesca, especialmente la pesca con el "Huasa" (veneno para peces), actividad que por lo general realizan las mujeres.

mente tendientes a llevar los costos psíquicos de su cónyuge a una situación incómoda. El arma extrema, en este caso, puede ser la amenaza de cometer adulterio (a cambio de carne). Para un soltero no existe esta presión externa y de ello resultará que (tal como ya habíamos visto) la relación entre costos y ganancias que éste estime, a menudo le resulte tan desfavorable que al final abandonará completamente la caza (tal como ocurrió con uno de los viudos, poco después de la muerte de su esposa, en 1978).

Con este trasfondo adquiere el *mecece* de los solteros un aspecto completamente nuevo, ya que transforma los simples consumidores de las siempre escasas fuentes proteicas en productores especialmente activos. Resulta un "truco", al que no se puede negar su función como maximizador objetivo de la habilidad de supervivencia del grupo, aun bajo condiciones de escasez de fuentes proteicas. ¿Por qué, entonces los guerreros abstinentes son completamente excluidos de la cacería, a pesar de haber podido ser justamente los cazadores más activos y exitosos?

Se podrían hallar, creo yo, una serie de respuestas hipotéticas para esta pregunta, de las cuales podría ser la más importante que la caza expone al cazador a un riesgo de accidente, el cual no debería diezmar aún más al ya de por sí pequeño grupo de guerreros. Me parece, sin embargo, más importante la advertencia sobre el hecho que, al reducirse drásticamente la producción de proteínas debido a esta situación, el *mecece* maximizaba las actividades cinéticas del resto de la población masculina a través del mecanismo ideológico anteriormente descrito, lográndose así una compensación parcial, al menos.

Resumamos: *Mecece* es un ritual complejo relacionado a las situaciones de crisis existenciales de la sociedad Uni. A través de la abstinencia lograban los Uni, a nivel individual, obtener la suficiente fuerza psicológica para sobrellevar las situaciones de stress, y, a nivel colectivo, neutralizar, al menos temporalmente, momentos en los que podía peligrar la cohesión del grupo. Económicamente, permitía mantener, aun en situaciones de stress, un "mínimo" bastante alto de carne en la alimentación. Globalmente representaba el *mecece*, y todo el complejo ideológico que lo acompaña, un importante elemento de la adaptación de los Uni a un ambiente biofísica y socialmente tan difícil.

BIBLIOGRAFIA

- FRANK, Erwin. 1979. "...y se lo comen". Estudio crítico de las fuentes bibliográficas respecto al canibalismo de los indios panohablantes del Oriente peruano y de Brasil. 1979, inédito. En preparación: La economía y ecología de los Uni de Santa Martha.
- HARNER, Michael Ed. 1973. *Hallucinogens and Shamanism*, New York.
- HARRIS, Marvin. 1968. *The rise of anthropological theory*, New York.
- 1971. *Culture, man, and nature*, New York.
- 1974. *Cows, pigs, wars, and witches*, New York.
- LATHRAP, Donald W. 1970. *The upper amazon*, Southamton.
- ROSS, Eric B. 1978. Food taboos, diet, and hunting strategies, in: *Current Anthropology* vol. 19, Nº 1, S. 1-36.
- 1980. *Beyond the myth of culture*, New York.
- SHELL, Olivia. 1951. Sonidos del habla cashibo, en: *Perú Indígena*, vol. 3, S. 51-53.
- TESSMANN, Günther. 1930. *Indios del noreste del Perú*, Hamburgo.
- WISTRAND, Lila M. 1973. Notas etnográficas sobre los Cashibo, en: *Folklore Americano*, vol. 23, México, S. 117-144.

SUBSCRIBASE A

ceres

REVISTA DE LA FAO
 SOBRE AGRICULTURA
 Y DESARROLLO

Publicada bimestralmente en español, francés e inglés por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO)

Suscripción anual:
 15 dólares EE.UU.

Seis veces al año, CERES entrega a sus lectores un paquete excepcional de informaciones, análisis y opiniones que constituye una perspectiva panorámica de las actividades relacionadas con la agricultura y la vida rural en el mundo en desarrollo

Lea CERES

- para conocer nuevas formas de plantear el desarrollo;
- para evaluar la experiencia de los demás con respecto a tecnologías nuevas o diferentes;
- para estar al corriente de las más importantes negociaciones internacionales en curso;
- para darse más ampliamente cuenta de la función de sus respectivas disciplinas;
- para entender mejor las fuerzas más poderosas que están dando forma al desarrollo rural.

Para suscripción dirigirse a: LIBRERIA "SANTA ROSA" — Jr. Apurímac, 375 — LIMA